

Los accidentes sospechosos

EL CRIMEN COMO RAZON DE ESTADO

RAMIRO CRISTOBAL

DISCRECION, por Dios ¡discreción!». La primera lección que debe aprender un buen agente, hoy en día, es esa: la discreción. Ni ética, ni arrepentimiento: el mundo rodará mejor sin unos cuantos hijos de puta que quieren pasarse de listos. Pero que no se note. Demasiadas ligas de Derechos Humanos y de Amnistía Internacional; ahora, a nada que falle, todo el mundo habla y eso no gusta por arriba. Antes era otra cosa: un buen tirador, un fusil bien equilibrado y todo pasaba en unos minutos.

De vez en cuando, algo se filtra. Hace sólo unas semanas, la revista «Newsweek», daba la noticia de un plan de la CIA para intervenir en Libia y en este plan entraba la eliminación del propio presidente de este país, coronel Gadafi. Luego, el «Washington Post» rectificó: no era en Libia donde se trataba de cambiar el régimen, sino en Mauritania.

Claro que no hubiera sido ninguna sorpresa. En Mauritania ya tienen experiencia: a fines de mayo de 1979 fallecía en accidente de aviación el primer ministro de este país, el coronel Ahmed Uld Buceif. Con él, iban varios miembros del Gobierno y miembros del Comité Militar de Salvación Nacional. Hacía apenas cuarenta y ocho horas que Mauritania había anunciado su decisión de considerar la autodeterminación del Sahara.

Este sistema del accidente de aviación parece haber pasado a ser el favorito en la desaparición forzosa de personas molestas. Utilizado con éxito en el caso de Enrico Mattei, el creador de la industria nacional del petróleo en Italia, ha sido usada con cierta frecuencia, pero parece estar siendo, en los últimos meses, una especie de cómodo cliché que, un día u otro, deberá ser puesto en prudente cuarentena por quien corresponda. Sin extendernos más, ahí están los accidentes del presidente ecuatoriano, el

socialdemócrata Jaime Roldós Aguilera, fallecido en mayo de este año y en cuyo país ya han comenzado señales de involución. Ahora, el mes pasado, el general panameño Omar Torrijos.

También la muerte del que fue secretario de las Naciones Unidas, Dag Hammarsjoeld, hubiera pasado a la historia como tal accidente, si no hubiera mediado la confesión de uno de los hombres que intervino en el atentado. Según se manifestó en un programa de la BBC inglesa en 1971, el método habría sido altamente ingenioso: se interfirieron las longitudes de onda del aparato, para conseguir confundir la ruta y la altitud del aparato. El resultado fue la muerte del secretario de la ONU.

Asesinatos de alta escuela

En ocasiones, la mente del funcionario encargado se siente más creativa; a veces, sofisticada. En estos casos la discreción es máxima. Siempre habrá quien hable, quien sospeche algo, pero, en definitiva, nadie podrá probar nunca nada si se hace con la suficiente habilidad.

Tomemos un caso muy característico, el de Gamal Abdel Nasser. Como se sabe, el «Rais» muere un 28 de septiembre de 1970. Las causas de su muerte, en principio, están claras: Nasser es diabético y una crisis cardíaca ha terminado con su vida. Hay quien, en una postura más sentimental, habla de la fuerte tensión a que se vio sometido tras la derrota de las tropas egipcias en la guerra de los seis días. Se dice que el descubrimiento de la traición de la policía secreta egipcia había sido la verdadera causa de la muerte. Sin más problema, la Historia se traga a Nasser que es sustituido por Sadat y, muy pronto, la política exterior egipcia cambia radicalmente en beneficio de los Estados Unidos.

Sin embargo, las cosas pudieron suceder de muy distinta manera. Para empezar, el presidente Nasser, que

sólo contaba 52 años de edad padecía de diabetes, pero en ningún momento se consideró tan grave su enfermedad como para considerarla mortal. Desde el punto de vista político, los años 1969 y 1970 fueron los de mayor acercamiento a la URSS y de enfrentamiento a Israel. Tampoco parece probable que a un hombre con su experiencia le causase tan terrible impresión un revés político y militar, aunque este fuese de la trascendencia citada.

Años más tarde, en 1979 exactamente, saltará la noticia en diversos órganos de prensa del Oriente Medio —Bagdad Observer— 8-6-1979 y «Al Rai» de Jordania— según la cual, Nasser no habría muerto de manera natural sino que habría sido asesinado por un agente del Servicio Secreto de Israel. Concretamente la persona de su propio masajista Ali al-Atili, el cual se valió de una solución paralizante, suministrada en varias sesiones.

El final de la historia es significativo. A nadie le interesa investigar más a fondo. En 1979 Egipto e Israel están en buenas relaciones. ¿Para qué resucitar viejos contenciosos? El pueblo cree en la muerte de su Rais, ¿para qué inquietarlo? Ya no hay pruebas y sólo queda la declaración de al-Atili, que no se sabe por qué, ha mantenido en secreto varios años el servicio de contraespionaje egipcio.

En la misma línea de lo descrito, la sorprendente enfermedad y muerte del general Velasco Alvarado, «El chino», en Perú. Este militar, casualmente en la línea nasserista, que se había enfrentado a la oligarquía de su país y a la penetración imperialista norteamericana en Perú, padece repentinamente, en 1974, un aneurisma, y en el plazo mínimo de 48 horas, sufre la amputación de una pierna. Ya no volverá a ser el mismo y solamente tres años más tarde fallece a causa de un rapidísimo proceso de arteriosclerosis. Muere el 24 de diciembre de 1977 y, entretanto, en 1975, la Junta Militar, aprovechando su incapacidad física le ha sustituido por el general Morales

Bermúdez del ala más moderada de la revolución militar. Como dijo una vez, con envidiable sencillez, un obrero de Cuzco: «Velasco estaba a favor del pueblo y por eso lo quitaron. Los militares no están con el pueblo sino con la oligarquía.»

Y qué habría que pensar de la muerte fulminante del presidente de Argelia, Huari Bumedian, acompañada de una sofocante campaña occidental —fallida, desde luego— a favor del ministro moderado Buteflika. O la nunca clara muerte del rey de Marruecos Mohamed V, en el curso de una simple operación de nariz. ¿Y las enfermedades mortales del presidente de Angola, Agostinho Neto y del líder del ala más progresista del peronismo, Héctor Cámpora?. ¿Todo casualidades?

Psicólogos y biólogos

Claro está que la especulación sobre los manejos de organizaciones secretas en la política y en la historia, terminan muchas veces por convertirse en historias rocambolescas de trampas y venenos. Una cierta literatura «best seller» se ha aprovechado, ampliamente, de estos aspectos, contribuyendo, paradójicamente, a hacer menos creíble la posibilidad de que esto sea total o parcialmente real.

No obstante, parece natural, aun por simple sentido común, que se esté pasando de sistemas de eliminación tan escandalosos como los utilizados para Trujillo o Carrero Blanco, a formas mucho más sutiles en las que psicólogos, sociólogos y bioquímicos tienen mucho más que decir, que los pistoleros de costumbres. No olvidemos que estamos viviendo en un mundo en el que los medios de comunicación tienen cada vez más preponderancia en la vida cotidiana y a los que no es fácil de amordazar. Es, pues, natural, que se procure por todo los medios evitar peligrosas investigaciones y escándalos periodísticos posteriores.

Es preciso recordar cómo, en algunos libros sobre las actividades de la CIA y el Pentágono —por ejemplo «Pillaje de cerebros» de John Marks— se señalan partidas muy destacadas para los presupuestos sobre actividades químicas y bacteriológicas. En el libro citado se cuenta, por ejemplo, el lanzamiento del LSD por parte de la CIA como componente de un programa de anulación de voluntades y dominio de las mismas. Asimismo se relatan las actividades clandestinas en ciertos hospitales con ánimo de experimentar sobre la mente humana, sin

que los pacientes estuvieran avisados de lo que con ellos se estaba haciendo.

En tal caso no es nada raro pensar que se puede eliminar a una persona que se considera molesta por medio de enfermedades o afecciones que presenten un cuadro médico más o menos conocido, desde el cáncer y la leucemia, al infarto o la arteriosclerosis. Al fin y al cabo siempre resulta más presentable que el mandar, como dice John Marks, «un tipo de la Mafia para acabar con Castro».

El pacto de silencio

Probablemente, el aspecto más llamativo del tema es la existencia de un auténtico pacto de silencio en torno al tema. Parece existir el miedo al escándalo y al ridículo, ya que, en pocos casos, ha podido ser comprobado el cómo y cuándo de la operación. Si existe, un asesino puede retirarse despectivamente desde muchos kilómetros de distancia acusando a los denunciantes de sufrir una grave paranoia persecutoria.

Es muy significativo, en este sentido, el relato que hace el izquierdista italiano Pietro Secchia (1). Este hombre que ha publicado un diario personal que comienza en 1945 y termina en 1973, visita, a principios de 1972, el Chile de Allende. Pasa varios días en Santiago y tiene diversas entrevistas con destacados políticos chilenos, como Corvalán o Volodia Teitelboim. El día 10 de enero vuelve a Italia y el día 13 por la tarde se siente enfermo; tras ser visitado por un médico debe ser internado en una clínica de Roma. En un principio se piensa que es una bronconeumonía y después se llega a la conclusión de que se trata de una intoxicación causada por un veneno producido en laboratorio. Un total de doce médicos están de acuerdo en que sólo puede tratarse de un envenenamiento, provocado conscientemente, con un producto elaborado químicamente. Uno solo de los médicos consultados cree que se trata de un proceso hepático; cuando Secchia le dice que nunca ha sido cirrótico contesta que puede ser «una cirrosis oculta».

En fin, diez o doce destacados profesores de la Facultad de Medicina están de acuerdo en la versión del envenenamiento. El resultado es que Secchia pasa dos meses entre la vida y la muerte.

(1) «Archivo Pietro Secchia 1945-1973». Fondazione Giangiacomo Feltrinelli Milano, 1979.

Cuando cura parcialmente se encuentra con que nadie quiere saber nada. Secchia, que está convencido de haber sido objeto de un atentado por parte de la CIA, hace las siguientes reflexiones:

«Si me preguntan qué enfermedad he tenido debo decir lo siguiente: estado tóxico por causas exógenas».

El Partido lo sabe pero cree que es más oportuno callar y no difundir las sospechas. A Bufalini que preguntaba: ¿por qué precisamente a él? Biocca habría respondido: tú sabrás el porqué, en cualquier caso puede ser una advertencia y esto le servirá de lección sobre cómo opera la CIA y lo ingenio que resulta infravalorarla.

Yo pienso que el Partido no quiere que se sepa para no darme una publicidad gratuita. Si se hubiese tratado de uno de ellos hubiera estallado el escándalo. «L'Unità» habría dedicado a ello sus titulares mayores.

También los médicos deciden callar.

El mismo Biocca, que no tiene duda de que se trata de un atentado de la CIA, dice que él no puede hacer ninguna declaración sobre el terreno científico.

Ya no hay pruebas del envenenamiento. Dice que el veneno no ha dejado huellas, quizá porque era de un tipo tal que no las deja o porque los antibióticos que me han aplicado han borrado toda posibilidad de restos.»

Finalmente se dice así mismo Secchia: «Si como yo creo se trata de una acción de la CIA ¿quién sabe lo que se habrán pensado estos señores que he ido a hacer en Chile?»

Probablemente se equivoca Secchia al pensar que el Partido Comunista italiano mantuvo silencio por cuestión de personas. La realidad, como queda apuntado en muchos aspectos de lo transcrito, es que la posibilidad de eliminación física intencionada por causas políticas es rechazada de forma refleja por casi todo el mundo. No hay nada tan desagradable como la consideración del maquiavelismo político. Por lo general se piensa que la vida política es benéfica o nefasta, dialogante o brutal, progresista o reaccionaria, pero nadie se resigna a tener la vida condicionada por elementos subterráneos, por técnicas científicas y técnicas que no puede ver ni prever. Posiblemente ni comprender.

Y es raro, porque la historia registra un considerable número de casos en los que el asesinato político, con apariencia externa de accidente, es notorio. Por sólo citar un curioso caso puesto de relieve no hace mucho, ahí

ACCIDENTES SOSPECHOSOS

está el asesinato de Emilio Zola, cuya muerte había sido considerada todos estos años como una simple desgracia, causada por la imprevisión del escritor. Según esta versión blanca, un mal funcionamiento en el tiro de la chimenea de su casa, habría causado su muerte al aspirar el óxido de carbono proveniente de aquella. Sin embargo, hace unos años, Jean Bedel publicó un artículo en el «Quotidien de Paris» confirmando un rumor largamente extendido: lo cierto es que la chimenea fue obstruida adrede por un ultraderechista llamado Henry Buronlosse, dueño de una fumistería que se inventó este complicado artilugio digno de las novelas de Maurice Leblanc. No obstante, funcionó y acabó con la vida de Zola.

Por lo demás, el silencio se agrava con la tática aquiescencia de los propios sectores más conservadores de la sociedad. Son estos los menos interesados en oír hablar de procedimientos desagradables, aunque realmente se encuentren de acuerdo con la finalidad perseguida y conseguida. En los Estados Unidos, saben muy bien hasta dónde se puede conducir a las personas si la sociedad les vuelve repentinamente la espalda. Esta actitud, tan gráficamente descrita por Hawthorne en «La letra escarlata», es la que llevó al suicidio a algunos de los actores y directores de la famosa caza de brujas del senador McCarthy y sería la misma que llevara a la actriz Jean Seberg hasta causarse la muerte, tras la campaña desatada por el FBI contra ella por su participación en la defensa de los derechos de los negros.

Resulta curioso que la última novela policiaca, siempre muy sensible a este tipo de cambios colectivos, esté sustituyendo las tramas criminales clásicas, por las descripciones de sindicatos del crimen siempre relacionados con la política.

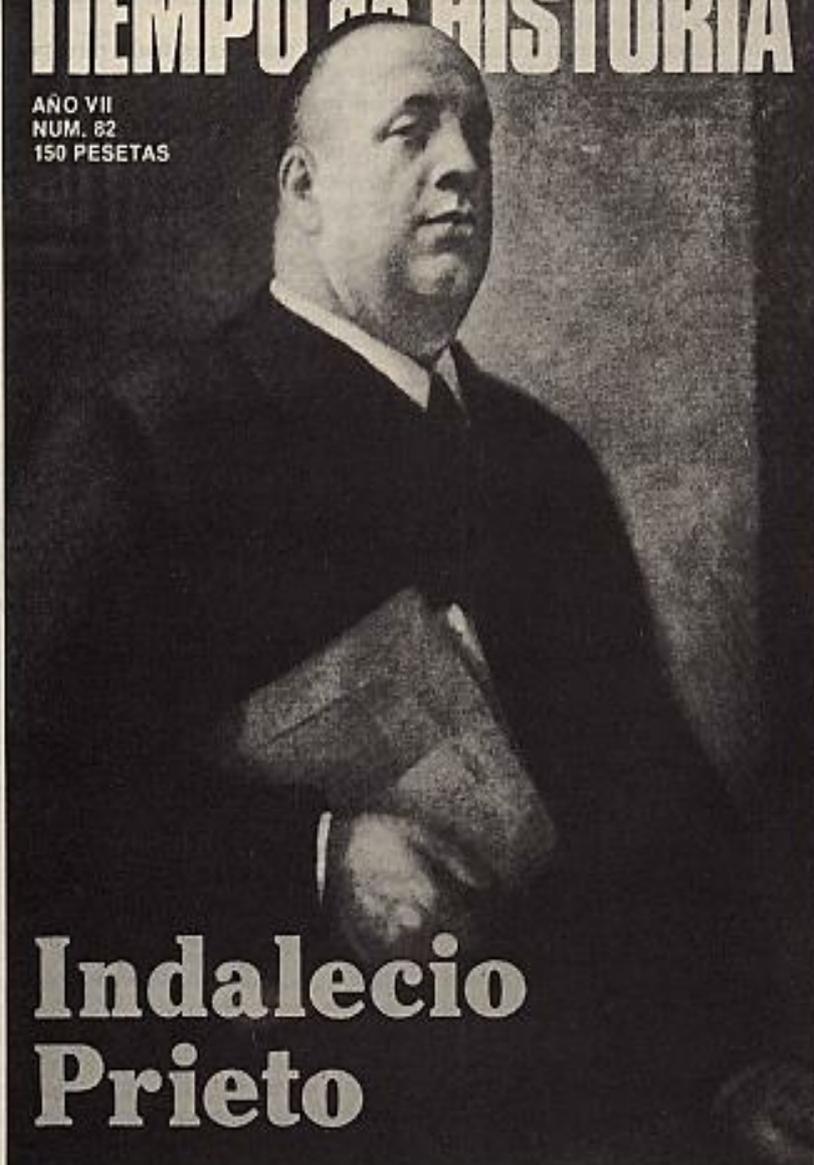
No es algo nuevo, desde luego, pero sí constituye un elemento característico de nuestro tiempo este de los accidentes más que sospechosos y las enfermedades excesivamente oportunas. En toda sociedad actual el poder necesita de la hipocresía; además de la antiética que representa el mantener fuera de juego a todo rival peligroso. Eliminar con cierto ingenio; hacer del crimen, como quería de Quincey, una de las bellas artes, ese parece ser el ideal de ciertos organismos sobrados de medios y de experiencia.

Pero, sobre todo, discreción, por Dios, mucha discreción. ■ R. C.

86 triunfo

TIEMPO de HISTORIA

AÑO VII
NUM. 82
150 PESETAS



Indalecio Prieto

Director: EDUARDO HARO TECLEN

En su número 82, TIEMPO DE HISTORIA
incluye estos temas:

- INDALECIO PRIETO, por José Miguel Naveros.
- DEL FERVOR FRANQUISTA A LA RUPTURA: MONTSERRAT TRAS LA GUERRA CIVIL, por Javier Villán.
- GLORIAS Y MISERIAS DE LA IMPROVISACION DE UN EJERCITO, por Felipe C. R. Maldonado.
- ALGUNOS APUNTES HISTORICOS: TIROS EN EL HEMICICLO, por Carlos Sampelayo.
- LA DESAMORTIZACION EN 1855: EL OBISPO DE OSMA, por Manuel Fernández Trillo.
- SALVATORE GIULIANO, UNA LEYENDA SICILIANA, por C. A. Caranci.
- ISABEL PERON O LA FRUSTRACION DE UN PUEBLO, por Andrés Cañas.
- GARIBALDI O LA EXPORTACION DEL ROMANTICISMO, por Nelson Martínez Díaz.
- ESPAÑA 1951: Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán.
- HISTORIA CRITICA DE LA INQUISICION EN ESPAÑA, por Enrique Mirét Magdalena.

EN EL NUM. DE SEPTIEMBRE de TIEMPO de HISTORIA

Septiembre 1981